

Maiakovski

El 14 de abril, una generación, como se dice, nos separará del suicidio de Vladimir Maiakovski. Alto, y espléndido en la fuerza física, hizo un arte a su imagen y semejanza, lo que fue un acierto, un extraño cruce histórico, pues la Revolución que nacía era ella misma alta, espléndida en su fuerza física.

También el espíritu, la llama viva de la conciencia. Para su arte Maiakovski no quiso reglas, ni para el de otros consistió en darlas: el poeta, dijo, crea sus propias reglas, si es buen poeta. Pero de allí, de negarse a suministrar una nueva gramática y una nueva retórica con signo revolucionario, no llegó al otro extremo, como el de desconocer la realidad que giraba en su torno, la lucha política, la agitación, el Partido, la propaganda, el porvenir del mundo. Maiakovski, en una toma desesperada pero consciente, pintó a brochazos la Revolución y desordenó los cánones poéticos en trance de aprehender y transmitir las verdades de un orden radicalmente distinto a los que antes había visto la historia.

En una vasta construcción utilizó todo: la abnegación del militante y la tendencia corruptora de lo pequeño-burgués; el esbozo real y la figura simbólica; la pujanza del obrero que sobrepasaba las tareas tanto como el burocratismo que deseaba paralizar la transformación revolucionaria. Había purezas e impurezas, pasado y futuro, como en aquellos personajes y anti-personajes de una de sus obras:

el “tigre” Clemenceau, un pope, un especulador, Lloyd George, por un lado; un farol, un soldado rojo, un campesino, un herrero, por el otro.

De su muerte las cuidadosas manos de la crítica burguesa han querido hacer una consigna: he allí como la Revolución mata a sus forjadores. Nosotros no creemos en la beatería ni en la metafísica de esa literatura de salón, tan crédula cuando se trata de exaltar la insípida muerte de un Rilke, tan magnánima cuando juzga la parálisis de un gran escritor ante la invasión fascista, y tan pretendidamente exigente cuando examina la muerte de un Maiakovski.

¿Por qué no explican su vida? ¿Por qué se toman el derecho de asistir al entierro de un artista mientras se niegan a aceptar su vida, aquello radical e intransferible?

Hay quienes miran pasar los desfiles, hay quienes forman parte de los desfiles. Como Maiakovski, nos encontramos entre los últimos y, también como él, sostenemos que todo es consecuencia de la vida y de la manera como se la viva. Que no se puede penetrar en el sentido último de la vida agarrándose de la muerte: al contrario, todo acto es explicable según la dirección fundamental de nuestra vida.